

La contingencia

Alicia Genovese obtuvo el premio único de poesía en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2014. El jurado estuvo integrado por Dana Gelinas, María Rivera y Sandro Cohen.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

ALICIA GENOVESE

La contingencia





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

La contingencia

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Alicia Genovese

ISBN: 978-607-495-394-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/30/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A Antonio Genovese y Rosario Iellamo, mis padres;
a Armando A. Genovese, mi hermano,
dando vueltas por aquella casa nuestra y aquí, conmigo*

EL ESPACIO VACÍO

Honras

ed è subito sera

SALVATORE QUASIMODO

Un autito rojo, trajiste
una Maseratti, decías
y yo daba vueltas
pedaleando la manzana.
No es un regalo para nenas,
observaban las madres,
pero yo era entonces
la única hija,
la que te miraba extasiada
detrás del alambrado:
casco y antiparras
en la pista del autódromo,
héroe de ciencia ficción
entre los motores de la largada.
Un deseo transmitido
en el encofrado del propio
devolvía amor.
A lo lejos escuchaba
el escándalo sonoro
y salía a recibirte;

trepada a tus hombrones
se abrían
las puertas de la casa.

No era para nenas
pero siempre
tuve tu permiso.

*

Me llevaste a la escuela,
casi de noche en invierno,
desde Llavallol a Banfield.
Me esperaste en la terminal
de micros en Necochea,
con el frío de las siete,
y en la estación de Lomas
los mediodías
calurosos de domingo.
A los dieciocho,
para escribir, me regalaste
la Lettera portátil.

Fuiste puntual,
el amor
quizá sea ese detalle.

*

En la autopista
seña de luces
y paso de carril
a otro más lento.
El velocímetro deja
de crispase,
prueba una persistencia
que no busca trofeos,
una meta desafectada;
la vida en los afectos
debería ser
esta calma aceleración.
Los neumáticos
se despegan
y se pegan al asfalto
cruzan la ruta
en un continuo;
calcular distancias,
tantear apenas el freno
sin brusquedad;
tu abrazo ancho
eterno continuo.
Por el polarizado
de los vidrios,

palabras nítidas aún:

oír, saber

por el sonido.

Sobre la Panamericana

un auto impecable,

afinado

como para un concierto

te homenajea;

escucho el motor

desde tu oído

sin cuentavuestras,

el ciclo extenuante

de los metales.

Conducir es un arte.

*

Que el camino te sea propicio

rama extendida del afecto,

hoy del abrazo,

tierra bañada, costa

indemne al diario sinsabor

que te acompañen armoniosos

motores veloces

sonoros, en primera a fondo,

los seis cilindros devoradores
de tu camioneta Ford

y seguro va
cargada con cajas de comida
para jubilados indigentes,
con tu reclamo a mediadores
que roban el azúcar o el aceite.

Tu sentido de justicia
es mi fisura,
contra mí misma escucho
mi defensa.

Pedazo de tierra
amontonada que se asienta,
túmulo sin bronce
donde la muerte
impone su orden.

Que sigas en comisión
de fiestas, para el club
acarreando parlantes
y músicaailable,
asado y dos claveles
obsequiosos para las señoras;
manera de dar

en la riqueza de lo poco,
en la risa donde abrego,
cuerpeada.
Cenizas del corazón
esta vigilia,
tramo adoquinado
en la impericia
con tu falta.

Fogatas

Prender el fuego
y el mundo se achica
alrededor.

Recuperar quietud
cuando la leña arde
olorosa de ligustros
en la salamandra.

El círculo encendido empuja
hacia atrás animales cebados,
esa malicia inútil que no alimenta
las brasas del abrigo.

Cercano a la llama
el infinito fondo oscuro
en su momento de absorción;

tantos futuros
soñados, entrevistados,
hasta este presente escueto.

Sentarse al calor;
hierbas para el té
de las digestiones;

un oído absoluto
para el silencio
donde te perdiste,

humareda del mundo.

*

Fogatas,
lo que vuelve:
instinto, lámpara sola,

con una linterna
y a los tropezones
recuperar sed, reacción
en lo inmediato.

No será una sola
la medicina que deshaga
el maleficio,
el presente, sin promesa.

Del saqueo del amor
de los robos de la vanidad
ninguna conmoción
que valga la pena.

Un blanco intelectual
como el humo de las fogatas
en los suburbios, después
de Puente La Noria,
la humareda tribal
del descampado.

Plásticos, desechos,
metales de rezago
camino al fundidero.

Un blanco emocional
para atraer la suerte;
basura y más basura
en el suburbio de la evocación,
carcoma del cuerpo subastado.

*

El día fue seguido
paulatino
a cada instante;
el cambio de sombras
el pasaje de los brillos
de uno a otro costado

por la noche el asalto
de llamas y chisporroteos
alrededor de la cena
frugal.

Una temporada
de encierro y silencio,
una clausura
de monjes trapenses
y reaparece el cuerpo
helado entre las cobijas
despierto por el canto de un gallo
y ese pájaro
con un silbido único
y alargado.

*

No la calma, sino el tiempo.

Cae el agua nocturna del alero
y a media mañana
es una lluvia el deshielo
por los costados de la casa.

Todo el día
el solcito de julio
lubricando las ramas
expuestas, peladas.

Trasplantar hortensias
llevar abono a las azaleas;
todo el día la digresión física
que no se detiene en arañazos
ni uñas negras.

Hasta que un sol rojo
entre los bultos
de la tormenta
cae a tierra,
desarma formas

y el fuego del atardecer
tiñe las aguas.

A cada paso, el presente
su chispa activada.

*

Con sequedad los robles
sostienen el frío
y los sauces enrojecen
sus brotes últimos
desde los troncos impávidos.

En el paisaje de invierno
un alma quieta,
pura expectación
como antes
de abrir una puerta
o lanzar un llamado,
antes de que los brazos
se alcen
al calor de un cuerpo;

un amigo me visita.

Afecto, alcohol sustraído
a la negatividad.

*

No hay síntesis.

Sí y no,
lo dado y lo negado.
La verdad es escueta
y se cierra en dos palabras;
dos semillas encapsuladas
difíciles de distinguir.

En el adormecimiento
una tosquedad
donde nada destaca,
semilla del no.

Alguien llama,
tu nombre
se empequeñece
y bebe,
semilla del sí.

*

Vuelve a ceder
oloroso y denso
un fruto envainado
en el agujero del yo.
Pelusas volando
sobre el paisaje,
semillas ciegas
en la euforia
de la migración.

*

Fogatas como una menarca
como una luna de buen tiempo
como una rosa china recién
plantada y mojándose
en la lluvia
como el humo del agua
en el termo del desayuno
como un libro que se abre
y recorta lo necesario
como una razón
que tiembla oscura,
sin verbo.

*

Con las ramazones de la poda
y cantidad de hojarasca
armamos la hoguera;
un fuego altísimo
que llegó a quemar
el extremo de un fresno.
La ceniza se hizo barro
con las crecidas
y el montículo fue esparcido;
humus ahora cubriendo
desniveles en el terreno;

del fuego al agua
del agua,
tierra
oreada por el viento.

Fogatas
lo que vuelve,
primer día del mundo.

La irrupción o la sed

la más roja de las rosas se despliega
(lo cual es irrisorio
en esta época, este lugar
es impropio, imposible
y aun ligeramente escandaloso)
la más roja de las rosas se despliega

H.D.

Habías perdido esa limpia
conmoción de la espera,
el aire retenido,
el oído expectante,
la vigilia feroz
del no es correcto;

perdido ese estar
en el mismo lugar cargado
con tus propios movimientos,
a punto de que un telón
se descorra y muestre
tu cara aturdida,
tu gesto sorprendido
en el instante de hacerse.

Alguien te mira
a la distancia,
detenidamente
deja que te escuches
y armes
la trampa de la fuga;
demanda sin palabras
como si diese
por perdidas
todas las batallas,
excepto
dejar de mirarte

y estás
en el mismo lugar
desconocido
en el mismo lugar,
pero en peligro,
en el círculo
perfumado del jardín,
con la rosa
aureolada de la tarde.

*

Conducir en medio
de las tipas florecidas
entre el viento saturado
de olor amarillo;
encapsulada, buscando
el desvío de la dársena,
echando sobre el pavimento
de la avenida, risas;
haciendo rodar por el asfalto
pastoso del verano
una nube de flores
diminutas; miles
contra los cordones,
empujadas a volar
con el aire exhalado
por las ruedas;
a toda velocidad
pensar y deshacerse
de lo pensado,
al ritmo del obstáculo
pisar los frenos,
y otra vez, pausada,
la marcha del motor
que pierde

gravedad;
imperceptible la demora
en el paso
de los cambios;
una aceleración
en el metabolismo
del deseo.

¿Cómo podrás?
¿Dónde queda
su cuerpo?

*

La cara
cerca de la suya
en la semipenumbra
del auto, sin saber
qué será lo bueno
para seguir;
si el sexo
como conclusión
convencional de lo dado
o dejar
que ese olor se estire
desafiando la idea

de besarse ancha
devoradoramente.

Sigue esa seda negra
de voces bajas,
el motor apagado
desprendido el cinturón
de seguridad,
como si nada fuese
lo que hacemos o decimos,
todo otra cosa
en el pelaje oscuro
donde esperamos;

la cara iluminada
por los faros
del camión recolector;
bajo la comba
del parabrisas, grises,
empequeñecidos los ojos;
sin compactadora
el deseo, inminente
su exceso
y su imposibilidad.

Sigue el ruido
del motor nocturno
por la ventanilla aullando
y la contención
de las máquinas inteligentes,

una dulzura abierta
hiriendo el alma.

*

Empezó a llover, hermoso,
una lluvia presentida
en la madrugada;
recién abierta
la hora aún sin luz;
apenas un murmullo,
un papel de seda moviéndose
un disimulo
que iba tomando
las formas del patio:
el piletón, las baldosas,
las macetas colgadas;
gotas, después,
más adivinables y continuas
como para durar

en un tiempo obsesivo;
más y más sonora
su llegada,
por el pevecé
del desagüe
su caída;
resbalando por mis hombros
por mi espalda interna
en cascadas barredoras;
desde la terraza
y los techos vecinos
desembozada la lluvia,
la armonía rasgada
la alquimia de lo disruptivo,
ya todo tocado
todo intemperie,
esa exigencia
de amantes pidiendo
el agua de la transformación,
la alegría, la desidentidad

*

el amor no registra
saber acumulado,
es pura aceptación

*

el pescador de perlas
que se sumerge
una y otra vez
en el agua

debe saber de lo que hablo

alguien que saborea
un fruto aceitoso y semiamargo
para seguir amando
la cáscara dura que lo contuvo

debería comprender

el coleccionista exquisito
que en la falta de nitidez
de una piedra preciosa reconoce
la línea irregular que la hace
única,
sabe lo que digo

la luciérnaga que encuentra
una noche al fin
para su sístole y su diástole

me comprende perfectamente

nada tengo qué explicarle
a esta mosca
yendo y viniendo obsesiva
por una gota dulce del desayuno

eternamente podría entenderme
con el pescador de río
la canoa a oscuras
los ojos atentos en la línea quieta

hasta que el farol alumbra
muy cerca, la esperada
tan cerca, la inequívoca
ondulación del pez

*

unos brazos que se buscan
como una casa en silencio

un calor de canto rodado
levantado en la playa

desde el cuerpo el amor
te devuelve al desamparo

hablaba
de las mutaciones hormonales,

mientras sucedía
la proximidad del baile

pensaba
en la quietud biológica,

mientras pasaban por el cuerpo
barcos de gran calado

la sed,
la gran pregunta

la sed, la gran mediación
con lo imposible.

Mareas

Me despierto en la atonía
con palabras
en la boca; quebradas
en una rudimentaria sintaxis;
son frases amorosas
que dije, repetí
y reconozco,
sin pistas
del sueño que las trae;

lo que se muestra vacío
quedó, sin tiempo,
ferozmente habitado.

*

La marea retrocede
y se lleva la vigilia
de la luz encendida
en cada puerta.

La corriente
de la bajamar arrastra
todo lo que cruza;
arranca camalotes
desclava maderas.
En la resaca de hojas
y botellas embarradas,
agua y tierra vuelven
a diferenciarse.

Por la noche, el río
bajo la casa
avanzó ciego
en sus oleadas,
desplazó el centro
de gravedad.
Todo lo sorbía
el agua y lo unificaba,
el rigor cotidiano
retrocedió
lejos y blando;
su cervical erguida
dejó de acomodar
la piedra del presente.

La marea alta te encerró
durante el sueño
en tu propio río devorado,
te deshizo
con sus combas dulces,
suavizó tus pezones;
miel e instinto, cielo y tierra
en la fugacidad de los sucesos
reaparecen,
animales perdidos
que en la crecida buscan
una orilla.

El agua nocturna soltó
su manada de brillos,
el sudor
de los cuerpos atraídos,
la fruta retenida
de la aceptación.

*

En el Museo
de Ciencias Naturales
un amonite gigante
del agua del Mesozoico,
extinguido

como un dinosaurio
de los mares.

Lentos animales
que los océanos
devoraron;
torpes se desplazarían
en la coordenada hostil
e inadecuada.

Inerte en el museo
el nácar espiralado
y enormes olas imaginarias
movidas
en una macroescala.
Igual a lo vivido
cuando se desproporciona,
en el microencierro
de su imposibilidad.

Un fósil, en el agua
que me habita.

*

Cada día escribir
el mismo poema.
Una sabiduría
de la distancia
la forma amorosa,
la pensadera
de los stilnovistas
cuando meditan
los efectos de Amor,
cuando bordean una
y otra vez la misma herida
sin apagarla de un golpe,
enfriándola de a poco.

*Amor me doblega
contra él no valen fuerza ni prudencia
me dice Cavalcanti.*

Escribir como desplazarse
en el mismo lugar
hasta que deje de ser
inapropiado;
hasta que el círculo
ceda

como ceden
en noviembre
las horas de luz.

Dos camelias

Corté dos camelias, dos luces
en el verde oscuro
de apenas la mañana,
de la helada de julio
recién disipada.

Desde el frío del jardín
las traje,
blancas,
una tela antigua, un almidón
de niñez, para entibiar la mesa.

En un pétalo una marca
rojiza, una modificación
como una herida
entre el espeso blanco
y sus perfectas sombras neutras.

En cada camelia
una línea encarnada,

un roce de puñal
como todo lo hermoso
que da de vivir
y se desvía.

En cada flor abierta
su blanco,
un centro nuevo indesafiante
para el ojo dormido
cegado en lo mismo.

Camelias,
agua fría en la cara
del despertar.

El espacio vacío o los tambores de los grandes sucesos

Plantados hace poco
más de un mes
ya están afincados;
el roble que era casi
una rama pelada,
lleno de hojas
se dobla desorientado.
Azahares hacen estallar
con su olor al enjuto limonero
y el liquidámbar avanza
con su verde limpio;
la frondosidad, su insinuación
el rojo, un irreal
que sólo tramitará el otoño.

Desde sus ramas,
apenas extendidos,
reinventan el mundo
como un dedo índice
infantil, cuando señala

allá el sol, acá la nube
aquí la tierra abonada
o el agua que crece,
éste, el lugar.

Recién rellenado el terreno
hace su invierno en octubre.
Se asienta el limo fresco
y cualquiera vería
nada más que barro,
un espacio vacío.
Pero saltos de savia
marcan su aquí y ahora:
la vida con hambre.
Sordos los tambores
de los grandes sucesos.

El grillo de la fiesta

Al final de la fiesta
un grillo sobre el mantel blanco.
No lo maten, es suerte
—dice la madre—
y una lluvia de pocas gotas
pone su halo en el amanecer.

El grillo con su flash sonoro
despide la noche
y el baile sigue
en las piernas quietas
como el fantasma
de una foto movida,
como una gasa que cae
electrizada sobre la espalda.

Quince años
tres deseos,
un pudor que la risa deshace
en el raso encendido,

en el bosque de los juegos
y los disfraces.

Primer despertar
con la bombacha manchada
y el sueño
que tardará toda la vida
en revelarse:
el río oscuro
de la atracción,
el follaje
de la entrega.

La felicidad
pegada al cuerpo.
*Este grillo
es suerte.*

Tristia

In memoriam A.A.G.

... temprano levantó la muerte el vuelo...

MIGUEL HERNÁNDEZ

El teléfono sonó en medio de la noche
y desde entonces, no ha cesado;
la noticia cae incomprensible, no es
una lluvia física. No repica,
no se hunde en la tierra, no baja
por los desagües.
Un vapor es, una niebla, un halo de antiobjeto
desde la correntada de memoria,
una Tristia
modulada por un pájaro.

Un número marco, yo también,
y una grabación devuelve
su mensaje de error.
Era el de la casa donde nacimos;
sentados desde el umbral oíamos
la campanilla intermitente;
vos con un pan en la mano,

yo uniforme de monjas,
intacta la comida
que dejás en el plato,
las verduras donde
se te aparecen patitas,
raras clases de bichos,
una baba del diablo;
y estás ahí sentado
con un pan flauta carente,
te reís lo mismo,
después del mediodía,
el flequillo rubio
y la hermana al lado.
Otra vez el hambre,
lo intragable del mundo.

En la deriva adulta se desliza
la secuencia exacta
de números inútiles,
el sudor al callar
en medio de la escondida
y el “corré corré corré”
hasta la piedra libre
desde el largo plazo
del juego interrumpido.
Un pájaro en los plátanos

me desnuda fuera
de estos cuartos sin aire,
son calandrias de cola larga
mis pájaros de duelo;
con el canto desarman
una luz apretada.

Sigue habiendo gigantes
en tu insomnio de chico
aunque te muestre encimadas
las bicicletas,
paredes en sombra
que rehuís prendido
al cuello de mamá
o a mi cintura.

Llanto de desamparo
que a la vez pide perdón
por no poder ver
las mismas cosas.

Mis celos sos el primer día
de bebé arropado,
mi juego de amor, y mi amor,
mi primer beso.

La lluvia que no toca la tierra
me lleva llorona,

de la cabeza a los pies;
bruma impasable, Tristia
modulada por un pájaro.
Calandrias entre los plátanos, peso
del que muere joven
en la materia restante,
última piedra libre para
no más llamarte.

*

Dejo de escribir
expío la culpa
me dejo morir
lenta, tibiamente
en el sin tiempo
de la vida práctica.
Lo que no está, no se rehace
lo que no soy, no tiene
el aliado imposible de su deseo.
Escribir o morir,
muero
en un océano paupérrimo
en una arena sin pasos.

*

Es enero y los ojos se limpian
en los árboles que por lo alto
remontan su verde,
se suavizan con el violáceo
del banano florecido,
se detienen enramados
con los frutos del membrillo.
En su cambio de luz, enero
pone semillas de este mundo.

En tus ojos un poco de esta luz,
en tus ojos grandes de miel y verdes
debés llevar aún la alegría húmeda.

Despedirte fue preguntar
sobre mi propia muerte,
culpa y acaso redención
de lo que gira:
la luz de enero lanza
en círculos semillas.

*

El azar hizo que brote,
como de la nada, en la orilla
un árbol de alcanfor;
quien huela sus hojas obtiene
la medicina de la calma.

Arbolito creceme adentro
con tus gajos azarosos,
voy por tus algodones
entendiendo las Tristias,
el exilio bochornoso
en los poemas de Ovidio,
la elegía de Miguel,
el dolor
como patria necesaria.

LIGEROS EQUILIBRIOS

Poemas de invierno

7 a.m.

el desayuno
como si no me sucediese.
Una naranja
cortada al medio
y el olor dulce
esparcido en la cocina.

Una reticencia
al contacto con las cosas
y a su pedido de reacción.

Imprevistas, estridentes
en medio del frío,
flores frutales
pegadas a las ramas
que daríamos por secas.

*

Un invierno de veinte heladas
sobre las hojas del banano
y la mata de cañas de ámbar
sin selva ni sostén.

En el follaje seco
una renuncia
bajo la insistencia
quemante del hielo.

*

Un relato escuchado
hace muchos años:
una nena cayó
en un pozo de cal,
tuvieron que lavarle
las córneas,
darle vuelta los ojos,
finalmente se salvó.

La cal en las manos
parece neutra e inocente,
una sustancia ligera,

una harina ácida
como la leve ironía
de una conversación;

palabras incidentales
que en la sutil memoria
de invierno se aglutinan
mordientes,
fosa en vida.

La cal que parece
neutra e ingenua
es fuego blanco,
combustiona en los humores,
en la humedad
de vísceras y glándulas.

La apaleada

En la adormidera del ocio
de enero
vino la apaleada,
el pelaje agujereado,
el barro viejo
sobre sus manchas blancas.
Teclas sordas tocaba
debajo de la casa
como si no estuviese.
Débil me seguía
a todas partes
con su flacura de caderas.
Días pasó de abandonada
de cara a mí
que me movía por el terreno
con la tarea secundaria
de no verla.
Muda permaneció,
la cabeza baja,
cuando yo hacía

el espaviento de echarla
hacia el hogar inexistente.

En el felpudo de sus noches
quedó su fantasma
de apaleada
y reaparece sobre mi ocio.

Cómo haré para no ser yo
la inexistente, mi doble
sobre el yute
polvoso de la puerta.

La contingencia

La poeta va a dar clases
en Florida, ironiza en su libreta
y distancia,
la llegada a una realidad
llena de pájaros
y de ramajes absolutos.
Llaves nuevas
para una nueva casa,
orientada hacia el bosque,
suspendida en una barranca,
a medio camino
de los árboles mayores,
donde los mismos pulmones
respiran, en esa confusión
de oxígeno y fotosíntesis.
Una casa en el bosque de Florida
donde prepara programas:
poesía y paisaje,
poesía y violencia,
mientras el suelo boscoso absorbe

en su tiempo inmedible
lo seco y lo fermentado,
mientras en la ventana
los cardenales
en segundos inapresables
aparecen y se esconden,
rojos
como ya no era posible
pensar en pájaros.
Dicen sus notas
que los verbos en los poemas
conjugan sólo el presente
aunque el tironeo del pasado
los demore,
aunque la irrealidad
del subjuntivo los inunde,
todo se alza y respira
en la inasible contingencia.
He aquí su contingencia:
ese estar precario de muebles
prestados y cajones semivacíos,
un paisaje de aire
que limpia el corazón
de vinos ásperos y retina feroz,
que empuja con su brisa
a un éxodo

de pueblos migrantes.
He aquí su contingencia:
el cambio de cuadro insistente
que provoca el vuelo
de los cardenales, bermellones
y sienas de las hembras,
reponiendo en la realidad
lo accidental.
Un cielo liviano, una nota menor
para dejar abierto
lo que no cierra y mirarlos:

pájaros en la ventana,
y en los poemas
del ligero equilibrio.

Tormenta tropical

El ventilador de techo
gira ruidoso en medio
de la tormenta tropical;
cada relámpago lanza
una espada de luz
que se deshace contra la pared.

En la atropellada el viento
desestabiliza las aspas
barre la habitación desaforado
como el viraje
que te deja dando tumbos
frente a la crueldad fuera de cálculo.

Los containers se vuelcan
las raíces se destripan
la arboleda se dobla y aúlla;
el paisaje, esa belleza que te sembró
de horas absortas,
se desarma en sacudidas;

estalla en chaparrones
la pesadez del calor.

Pero el agua es la calma
el goterío
la serenidad de la constancia,
un torrente de bautizo
donde tendrás que morder
el grano de sal que te ha tocado

lluvia,
alegría perpendicular.

Objetivas azaleas

Las azaleas se reabren
silenciosas y salvajes.

La lluvia torrencial
no ha podido convencerlas
de lo adverso y lo definitivo.

Sus campánulas
bajo el sol tibio se despegan,
repatriadas a su forma.

Ya no hay desarmonía,
no hubo
devastación.

Los petirrojos del norte

Cien, cincuenta,
una bandada enorme llenó el aire,
sobrevolaron la casa
cerca de nuestras cabezas
como una nube de granizo,
como una lluvia
que iba a caernos encima
con su estruendoso concierto.
Voces chillonas que se aplacaban
en uno o dos trinos finales, para resurgir
otra vez poderosas en el tumulto.
Euforia de grandes compositores:
un Brahms, un Beethoven
dando entrada al coro en notas altas
o al pulso de los timbales.

Llegaron intimidantes pero se volvieron
menudos al bajar sobre las barandas,
al posarse sobre el techo brillante
de los autos.

Migraban hacia el norte
con el olor cálido de marzo;
dejaban nidos e invernada llevados
por el magnetismo del polo
y una afinada, envidiable percepción
del fin y del principio.
Nunca vi tantos, todos juntos;
yo estaba a esa hora
en la puerta, levantado el capot
de una camioneta sin arranque,
con una batería exhausta,
tan contradictoria, sin energía.

Torpemente terrestre estaba quieta
en la entrada al garaje de una casa de paso,
sin comunidad festiva;
llena de tareas, pero quieta
buscando un envión vital,
un sentido para irme o volver,
o sostenerme sin tristeza,
cuando ellos bajaron
y revolvieron la tierra,
cuando giraron entre espinos oscuros
y azaleas luminosas,
en su círculo de fuerzas.

No duró más de cinco,
a lo sumo diez minutos
y reanudaron el viaje,
con ese regocijo capaz
de agujerear el cielo y esa ligereza
que de todo se desprende.
En su gestalt gritona
hacia el norte seguro de lo tibio
levantaron vuelo,
contra el vértigo y la sed
que podría derrumbarlos,
contra la paciencia estacional
y todo lo que derrama furia, inútilmente.

De qué podríamos hablar

Un pájaro es una máquina que funciona
según las leyes de la matemática.

LEONARDO DA VINCI

Una conversación posible
dejaría ascender
hacia su dispersión lo que muere,
dejaría ir lo que ningún abrazo retuvo.
Hablaríamos, por ejemplo,
de las máquinas de Leonardo
construidas ahora,
de esa mecánica simple
que en un boceto sostenía
dos alas en vuelo
y desafiaba, con trazos herejes,
el lugar inmóvil de lo aceptado.
El ala de los aviones
con su metalurgia refinada,
sigue teniendo esa mecánica simple,
desde algunas butacas pueden verse
las aletas al posicionarse,
las plumas copiadas
al instinto de los pájaros cuando

en el despegue o el aterrizaje
el viento las atraviesa.

Cerrar el corazón o abrirlo
dejar ir o tomar lo que se ofrece;
el vuelo no debería presentar
mayores dificultades.
Una conversación posible
dejaría ascender
hacia su dispersión lo que muere,
aunque pequeños animales reticentes
se empujen entre las palabras,
y las piernas en tierra se reubiquen
más alargadas en su sombra.

No tiene por qué ser
una conversación demoledora.
Sólo ese tipo de desorden que produce
una obra en la casa;
entre cajas y escombros
el placer pendiente,
las vigas a la vista
contra la fuerza gravitatoria.

Los pájaros también descienden
apagados, hasta la noche
y los aviones entran a los hangares

con lentitud e inevitable torpeza;
hubo amor y hubo
todo para ganar.
Construyo, siempre construyo
también podría construir
esa conversación,
redescubrir las primeras leyes
de la aerodinámica,
las emociones que no ceden
ni se corporizan, encontrar
el vuelo futuro, la mecánica simple
de las máquinas de Leonardo.

El pasadizo

Algunas cerraduras se abren
con palabras, otras oxidadas,
con masa y cortafierro,
con amoladora y un disco
que levanta chispas
cuando salta los pestillos.
Eso fuimos probando
hasta que la puerta cedió
y abrimos el pasadizo,
la entrada hacia el fondo
abandonado de la casa.
Allí murieron dos gatos
que solían dormirse sobre el muro,
una rata, un pájaro
volteado por la tormenta;
pero ni rastros en el pastizal,
ni en el desquicio de ramas
una y otra vez cortadas
de los mismos troncos.
Un desván a la intemperie

desnivelado entre cascotes,
forzado durante años
a esa soledad que taponas,
a esa inutilidad;
costaba suponer que unas palabras
ablandarían derechos,
darían vuelta voluntades
o que la pared de quince,
tan férrea como una muralla china,
se derrumbase.

Todavía el aire
se corta con el cuerpo al pasar;
un silencio de dádiva concede
como un poder la expectativa,
la vida atenta
o el secreto de seguir siendo
después de flaquear en un pasaje.
Un atrás del mundo,
un desierto privado,
cosas que nadie quiere
y te vuelven inmensamente rica.
El pasadizo quedó abierto
y lo que sigue es pensar un jardín;
ni un edén, ni el primero,
tierra llana será,

emparejada para que el pasto crezca,
riego, sólo eso;
y que el calor de lo fértil
le sea otorgado,
y que el agua de la franqueza
le sea otorgada.

Sembrar para que el pasto crezca

Semillas en una curva de viento
echadas sobre la tierra removida,
aleatorias, inestables
en el agua de riego,
encharcadas por los aspersores
presentidas por las torcazas.
Con su margen de pérdida
vendrá el verde para justificarme;
ya está aquí lo que será.
Lo que fuere sale
de mi mano en círculos.
En círculos como una rogativa
para el agua y la tierra.
Vendrá el verde
para abrir el delirio
con su piel de claroscuro,
con su ráfaga implacable
arrasará lo infértil y el perdón.
La ofensa,
la culpa serán

absorbida hojarasca,
fruto escocido
que la tierra enfría.
Vendrá el verde
con su sed
para que brille, otra vez
lo que se ignora.

Azucenas silvestres

Cuando no era visible la casa
ni esta palmera morada
ni la hortensia, ni el roble
ni nada de lo que después,
plantado, prosperó;
cuando todo era proyecto
y torpeza
que desacierta el sendero.
Porque la risa o el disfrute
no se orientan, sólo irrumpen
y giran sobre sí.

Cuando era la maleza informe,
los árboles caídos
que no dejaban pasar,
y el terreno era un charco
de isla virgen
que hundía los pies en su limo, vi
las hojas lustrosas
de las azucenas silvestres,

su imposible delicadeza
sobre la tierra áspera.

En el hueco menos pensado crecían
como una siembra del paraíso
y, aunque la marea alta
las estropeará,
desde los mismos bulbos renacían
sus hojas acintadas,
intensas de brillo para recibir
a la lujosa flor salvaje.

Azucenas blancas
que siguen brotando en el jardín,
mata del bosque persistente
que me devuelve a un origen
de tierra inundada;
cuando la percepción
atraída encontraba
su corazón de fuegos.
El camino de los desprendimientos
comienza, ha comenzado
pero las azucenas,
salvajes reaparecen,
y el tiempo no es sólo
el trayecto irreversible,

sino este círculo maravillado
otra vez, entre las hojas:
azucenas, azucenas, azucenas,
como una fuerza velada
que del baldío retorna.

El escritorio, vacío

Volver a agarrar la zapa

era la expresión de mi madre
cuando había que recomenzar
desde la nada.

Brota la frase
en esos momentos de desazón
que te devuelven
al inicio oscuro de los tiempos.

Cargar la zapa al hombro
desde la herencia campesina
y, otra vez, hacer surcos en la tierra
para iniciar el ciclo;
retomar, casi por instinto,
la tarea básica,
como el abuelo que colgaba
las herramientas de la huerta
en la pared del galpón.

Volver a agarrar la zapa, repito
como si hablara en lenguas
mientras voy vaciando

de papeles mi escritorio.
Hojas rotas y abolladas
proyectos ya cumplidos
y otros,
que se empequeñecieron
al abrirse.
Sobre la planicie
se destaca un frasco
con cenizas volcánicas
del sur, cortezas
de pinos de Florida
y vainas de jacarandá caídas
en la vereda.
Sobre el escritorio
segado de papeles,
estos objetos habladores,
fetiches, se diría
aunque no sean joyas faraónicas,
muestras tibias apenas,
desprendimientos
de las muchas adaptaciones
que atraviesa un árbol,
cuando sube y se descama
bajo la lluvia solar,
o un volcán cuando suelta
su fuego retenido en el fondo,

como por lo bajo se apisona
el desamparo.
Polvo de lava, cortezas y semillas
arrojados por el planeta
en sus batallas incesantes;
maravillas de un universo violento
que para el hondo desamparo
ofrece
volver a la zapa,
salir de nuevo al llano,
a la belleza desnuda
no acumulable,
al rastro vivo.

El azul colapsa

Hay una arcada de ramas
para que pases;
hay un puente de álamos
para sostenerte.
Hay un aire recién venido
para que lo respires;
hay una grieta para que digas
palabras como felicidad o maravilla.
Todo cae, todo es suave
y desviste, todo es cuerpo
impulsado e inmóvil.

La brevedad
de lo que ocurre es inmedible
y el alma se desacomoda
en un caos benévolo.
La luna brilla cada vez más blanca
y a su alrededor el azul colapsa.

Las circunstancias varían,
los lugares difieren,
pero a veces sucede.
La mejor fruta es alcanzable,
los caminos se aclaran
en el reflejo de las piedras.
Abrir los ojos y pasar,
es tiempo,

la posibilidad
puede escaparse.

El mundo rematerializado en el poema

El jazmín la semana en que florece,
las maderas tibias del *deck* al recostarte,
la velocidad contra el viento,
la bici en el charco que derrapa,
las manzanas claras de estación.
Los limones arrancados de la planta,
el agua de la crecida tapando el sendero,
la imposibilidad de salir, los sonidos ahuecados,
la marea que baja después y te despide
en un oleaje limpio.
El amarillo suave, el naranja hiriente,
la luz de cada ciudad.
El agua torrencial
contra el parabrisas del auto,
los frenos ciegos en la banquina,
el huracán en la espalda,
la arrítmica respiración.
La corriente a favor en la canoa,
la serpiente mimetizada y quieta,
el temor, lo inestable,

el atropellado curso de agua.
El biguá con el bagre
ensartado en el pico,
la foto que perdiste, la sola mirada.
La palmera que sigue brotando
aunque no parezca,
el roble rojo en el rocío de las siete,
la luz del este, la del oeste,
el abrazo de las cañas al pasar.
La sencillez de lo que prospera en tierra,
las casas de paso, las casas de permanencia,
lo que amanece, lo que atardece;
los olores que te llevan de ida o de regreso.
La resina de los pinos, la madera al arder,
el sudor, la salamandra,
el hipnotismo del fuego.
Las piernas esforzadas en la calle de tierra,
la caricia en las azaleas del rosa ceniciento,
las hebras de té asentándose y la acidez
de la naranja en el vapor.
El cambio de luna con lluvia,
las semillas arrastradas, el desborde del río.
La pareja de búhos en la galería
y los murciélagos ruidosos al amanecer.
Las ciruelas bajo el grifo,
las gazanias diurnas.

La ruta abierta
entre los pinos.
Unos pocos granos de arena
y el sol que gira
en la escala de la mano;
los médanos blancos,
el mar por unas horas,
los ojos turquesa,
la caída de la tarde
en el espejo retrovisor.

La naturaleza no es sólo
una armonía retórica.

Índice

EL ESPACIO VACÍO

- 11 Honras
- 17 Fogatas
- 26 La irrupción o la sed
- 36 Mareas
- 42 Dos camelias
- 44 El espacio vacío o los tambores de los grandes sucesos
- 46 El grillo de la fiesta
- 48 Tristia

LIGEROS EQUILIBRIOS

- 57 Poemas de invierno
- 60 La apaleada
- 62 La contingencia
- 65 Tormenta tropical
- 67 Objetivas azaleas
- 68 Los petirrojos del norte
- 71 De qué podríamos hablar

- 74 El pasadizo
- 77 Sembrar para que el pasto crezca
- 79 Azucenas silvestres
- 82 El escritorio, vacío
- 85 El azul colapsa
- 87 El mundo rematerializado en el poema



La

contingencia, de Alicia

Genovese, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Carlos Fernando Bernal Gutiérrez. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Sofía Soares Romero y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

